



Homilía en la Misa en la que se despiden las Hnas. Clarisas de Santa Faz.

Alicante, 30 de junio de 2019

Queridos hermanos y queridas hermanas:

Posiblemente bastantes de los aquí presentes estéis sencillamente para celebrar la Eucaristía de este domingo y para venerar a la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo. También es posible que algunos, o muchos, como es mi caso personal, además unáis a estos motivos la voluntad de haceros presentes cerca de nuestras Hermanas pobres de Santa Clara, que en este día ponen punto final real a más de quinientos años de presencia en este entrañable Monasterio y Santuario, tan enormemente querido por muchísimos hijos de Alicante a lo largo de todos estos siglos de historia.

No pocas opiniones e interpretaciones hemos leído y seguiremos leyendo sobre las idas y venidas de comunidades religiosas en torno a la Santa Faz en estos últimos tiempos, permitidme que en el marco de la celebración de lo más sagrado que tenemos los cristianos, la Eucaristía, y tras escuchar la palabra de quien es la Verdad, me centre en aquello que desde la fe es lo central y fundante: la acción del Señor y la respuesta de las personas consagradas a Él, en este caso en la Congregación de las Hermanas pobres de Santa Clara.

En cuanto a la obra del Señor en este lugar, por quedarme en lo más evidente, vale que nos fijemos en el regalo que Él ha hecho a la comunidad de los cristianos de nuestra querida ciudad de Alicante y de otros lugares, y que es atraer hacia la Faz de su Hijo a una real multitud a lo largo de los siglos, pidiendo ante la reliquia la Misericordia de Dios, su gracia para sus situaciones y necesidades.

La fe en Cristo, el encuentro confiado en Él, que según afirmaciones del Santo Padre el Papa Francisco en “Evangelii Gaudium”, es capaz de cambiarnos la vida, de dar sentido a nuestros males, de hacer brotar la

esperanza y la alegría, es el gran don concedido por Dios a tantísimos de sus hijos que en este lugar se han acercado buscando piedad y misericordia de Él.

Y junto a este regalo de la Santa Faz, Dios nos ha dado la presencia de una queridas hermanas nuestras, que han sido, por su consagración, testimonio de amor total al Señor, a la par que ejemplo para nuestro seguimiento de Cristo, y tranquilidad de saber que la venerada reliquia estaba acompañada por la presencia de unas hermanas que rezaban por nosotros constantemente, y a quienes podíamos suplicar la intercesión de sus oraciones ante la Santa Faz.

Personalmente, además, siendo devoto de San Francisco de Asís y de nuestra hermana Clara, dos preciosas reencarnaciones de las más altas virtudes evangélicas, me parecía una gran suerte que, además, fueran Clarisas las hermanas presentes junto a nuestro gran tesoro de fe y devoción. Por su continuidad hemos trabajado hasta más allá de lo razonable. Eso ha sido así: Al igual que por obtener de Roma el rápido relevo que ahora es posible. Por eso agradezco al Señor el regalo de más de quinientos años de Clarisas entre nosotros, y les digo que sé que seguirán siendo un regalo suyo allá donde estén. Especialmente le agradezco a Él la presencia del grupo de las últimas que habéis servido en Santa Faz; vuestra sencillez, alegría y autenticidad serán imborrables; y seguro que os acompañarán para gloria de Dios y gozo de su Iglesia.

Pero el Señor no se detiene en sus gracias, y a un bien lo sustituye con otro bien. Que las Canonas de regla de San Agustín, nuestras “monjas de la Sangre” de Alicante sean las sucesoras en este santo servicio, es eso, sencillamente, un bien. Os conocí como Congregación, en mi querida Diócesis de Mallorca, allí sigue brillando como luz insigne para la vida cristiana vuestra hermana Santa Catalina Tomás, y, como a ella le sucedió, deseo para vosotras que, al final del camino de vuestra vida, lleguéis a la luz que es el mismo Dios, que da sentido a vuestra existencia.

Para vosotras hermanas Clarisas y hermanas Canonas veo escritas muchas de las palabras de la Palabra de Dios de la liturgia de hoy, comenzando por el Salmo Responsorial: “Tú eres, Señor, el lote de mi heredad”.

Concretamente el Evangelio de este domingo nos habla del seguimiento de Cristo. Lo hace con expresiones chocantes a nuestros oídos. Jesús no fue un rompefamilias, ni un ser sin entrañas, al contrario. Entonces, ¿qué nos quiere decir con estas expresiones?

Que en la vida, y en la vida de fe también, hay que priorizar. En eso consiste la libertad cristiana de la que nos habla San Pablo en la segunda lectura: una liberación de todo, hasta de uno mismo, sobre todo de uno mismo - de sus amores y temores- para seguir a Jesús. en esto consiste la verdadera “práctica” religiosa: en la introducción de Cristo en el corazón, hasta convertirlo en nuestro criterio y norma de vida.

El conocimiento de Cristo, conocerle, implica seguirle. Es decir, el cristiano, y especialmente los consagrados, nunca debe perder de vista a Jesucristo como referencia primordial de su vida, so pena de despistarse, adentrándose por caminos equivocados y estériles: caminos que no conducen a “ninguna parte”.

Y a este seguimiento le es imprescindible un talante contemplativo e interiorizador de la persona de Jesús, hasta el punto de experimentar su presencia como una seducción permanente, inspiradora de toda la vida.

A ello sois llamadas queridas hermanas, tanto Clarisas como Canonisas, cada cual desde la especificidad del propio carisma de vuestra Orden, pero sin duda siempre desde la contemplación en la que experimentar la seducción del Señor, y para, -desde su amor-, poder decir como propias las palabras del Salmo de la misa de hoy, “Tú eres, Señor, el lote de mi heredad”. Tú eres misterio; por ti lo dejo todo. Incluso a mí misma, en mis temores y circunstancias, y me voy contigo.

Que Cristo sea vuestra heredad, con la libertad y la alegría propias de vuestra consagración franciscana, Hnas. Clarisas. Que Él no olvide la compañía tan especial que le habéis hecho durante estos meses (y vuestras hermanas de todas las épocas, durante quinientos años). Como correspondencia a vuestro servicio y amor a Él, en su Santa Faz, os conceda contemplarle ya sin velos, ni mediaciones, al final del camino de vuestras vidas, cuando vuestro gozo será contemplar su rostro, su amor, por toda la eternidad.

Y mientras llega la eternidad, llevad con vosotras, junto con vuestra guitarra y vuestra mochila, nuestra gratitud y cariño, el de una Iglesia que

ciertamente en Él tiene su única fuerza, y su único tesoro, una Iglesia, sencillamente peregrina, como vosotras.

Queridas Clarisas, gracias, y en Jesús nos vemos, siempre. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.